

# PARA PONER EN MARCHA EL CONCILIO

*El 26 de noviembre del año pasado el cardenal Gantin, Prefecto de la Congregación para los Obispos, acogió la propuesta de la Conferencia Episcopal Venezolana de celebrar un Concilio Plenario y nombró a Mons. Ovidio Pérez Morales como Presidente del mismo.*

## QUÉ ES UN CONCILIO

Un concilio se distingue de un sínodo porque "tiene potestad de régimen, sobre todo legislativa, de manera que, quedando siempre a salvo el derecho universal de la Iglesia, pueda establecer cuanto parezca oportuno para el incremento de la fe, la organización de la pastoral común, el orden de las buenas costumbres y la observancia, establecimiento o tutela de la disciplina eclesiástica común" (canon 445).

Así pues, un concilio es una oportunidad para que la Iglesia que lo realiza se exprese con toda su plenitud y así se configure duraderamente según su propia índole, es decir de acuerdo a los dones y riquezas que el Espíritu ha puesto en ella, tomando también en cuenta sus limitaciones, y en comunión con las demás Iglesias hermanas, lo que en nuestro caso significa asumiendo los aportes de la Iglesia latinoamericana a la que pertenecemos y de la de Roma que tiene el encargo de mantener la unidad de la fe y la caridad en medio de la legítima variedad de expresiones.

Con esto queda claro que un concilio es un acontecimiento de envergadura histórica. No se celebran concilios todos los siglos. Por eso, so pena de caer en el ridículo de quien se propuso edificar una gran obra y no tuvo recursos para concluirlo (Lc 14,28-30), no se debe convocar sin graves motivos, sin contar con los elementos mínimos indispensables y sin esperar razonablemente que de él puedan resultar bienes notables y duraderos.

No creemos que el momento en que acaba de ser autorizada la puesta en marcha del concilio sea el más indicado para discutir si esas condiciones están dadas en nuestra Iglesia. De eso juzgará la historia. Como nosotros no somos espectadores sino miembros vivos de esta Iglesia, recibimos este anuncio del concilio y nos dedicamos a poner todo lo que esté a nuestro alcance para que constituya para nosotros y para nuestro país un paso de Dios que salva.

*Pedro Trigo*

Pero tiene que quedar claro que, aunque en último término todo es gracia, sin embargo en las páginas intermedias de la historia, las oportunidades de gracia que Dios brinda son siempre abiertas. En la historia "Dios propone y el hombre dispone". Así pues no podemos concluir que, si el concilio es de Dios, tendrá éxito. Porque los seres humanos podemos frustrar los designios de Dios (cf. Lc 7,30). Desde esta perspectiva lo que queda claro es que, una vez en marcha el concilio, la Iglesia venezolana no quedará igual: O empezaremos el siglo XXI con la pesadumbre de una ocasión perdida y el resultado será una institución eclesiástica aislada del resto del pueblo de Dios y del país, obsesionada por conservar sus poderes, impotente para dar vida. O damos un paso adelante en la renovación de la fe, en la reconstrucción del tejido eclesial y en el compromiso evangelizador.

## MAS ALLÁ DEL ESTABLECIMIENTO ECLESIASTICO

Para ir por el buen camino se necesitan a mi modo de ver dos requisitos indispensables. El primero es la conciencia de la necesidad de superar la normalidad vigente. Si pensamos que vamos fundamentalmente bien, el concilio es superfluo. Peor aún, si lo asumimos como la coronación de un proceso de creciente relevancia institucional. El concilio como desquite de la malquerencia, las persecuciones y vejaciones de los gobiernos y de los intelectuales decimonónicos es un planteamiento antihistórico. El concilio como culminación de un siglo de complejificación institucional, de normalización de las relaciones con el Estado, de recuperación de la estima de los intelectuales y de la credibilidad de la opinión pública es un operativo anticristiano. Consolarse con aquello de que "en el país de los ciegos el tuerto es rey" es de apocados y mezquinos.

La dialéctica cristiana no es meramente positiva (de lo bueno a lo mejor: desarrollismo). El cristiano es capaz de medirse abiertamente con la negatividad

**Si se siente que lo central no es la institución y sus reglamentos y su prestigio sino el compromiso con el país como participación del compromiso de Dios con él, entonces el concilio tocará tierra**

para superarla. La fe nos capacita para mirarnos de frente, sin máscaras ni autocompasiones denigrantes, pero con una esperanza inmovible en las promesas de Dios. Todo gran concilio se ha medido con graves problemas y desafíos. Su grandeza ha consistido en no tapar los problemas y en ponerse a su altura para cargar con ellos superadoramente.

Nosotros no somos el médico que ausculta al país para diagnosticar la enfermedad y ponerle remedio. Nosotros formamos parte de ese país. Somos sin duda médicos, ese es el tesoro que se nos ha confiado; pero somos a la vez enfermos. Somos agentes pastorales; pero somos antes que eso pacientes pastorales. La medicina que recetamos es ante todo para nosotros mismos. El salir solidariamente a ayudar nos va a ayudar a curarnos; pero ya no lo haremos desde arriba sino con la humildad del que también está enfermo y con el cuidado de no hacer mal desde nuestra malformación. Sólo si somos conscientes de nuestro pecado y estamos en proceso de conversión

podremos cargar superadoramente con un país que está en situación de pecado. Esto se refiere a los obispos, a los párrocos, a los teólogos, a las religiosas y religiosos en su diversas instituciones, a los que asesoran movimientos apostólicos, a los que participan de grupos y organizaciones pastorales y a cada miembro del pueblo de Dios.

Se refiere en primer lugar a la institución eclesiástica. Dicho claramente: sólo si la institución eclesiástica se siente desfondada y lo acepta, incluso con alegría, podrá ser el concilio un salto adelante. Si el concilio pretende ser no más que una expresión solemne de la capacidad operativa instalada, ya nace trunco; no será más que un partus montis que se salvará del ridículo porque no logrará interesar a nadie, ni siquiera a los propios cristianos militantes. Pero si el

concilio es una llamada sincera y cordial a todos los que desde una vivencia cristiana se sientan interesados por la suerte del país; si los cristianos sienten que los obispos les dicen: "nosotros sabemos sólo algunas cosas y nuestra capacidad de acción es muy limitada, por eso los convocamos porque el país y la Iglesia necesitan los aportes de todos los que quieran mirar más allá de sus narices y sacrificar algo de sí para salir de este hoyo en que nos encontramos"; si se siente que lo central no es la institución y sus reglamentos y su prestigio sino el compromiso con el país como participación del compromiso de Dios con él, entonces el concilio tocará tierra (y por tanto tocará cielo) y será una empresa trascendente.

Es necesario decir que esta convocatoria a sumar voluntades y energías desde la confesión de la propia debilidad es un acto de coraje (parresía), una acción espiritual, expresión eximia de fe humana, basada en la fe en Dios que anima con su Espíritu a cada quien de un modo diferente. Por eso esta voluntad de trascender radicalmente la normalidad eclesiástica y el mundo de la clerecía tiene que ser sostenida desde el comienzo con una gran paciencia y magnanimidad. Porque no puede presuponerse que todos ni la mayoría de los obispos, los párrocos y demás responsables estén de entrada en esa tesitura. Aunque sí puede esperarse que a lo largo del proceso muchos de ellos vayan entrando con gozo por este camino espiritual. Es un camino abierto; pero que no se puede abandonar a causa de la poca respuesta inicial o de las suspicacias y dificultades, si no se quiere frustrar el designio de Dios.

Lo mismo pasó con el concilio ecuménico, que es evidentemente nuestro marco de referencia y nuestro paradigma. Si Juan XXIII hubiese cedido ante la curia vaticana (sus esquemas consabidos, sus procedimientos habituales y sus personeros establecidos), la salvación de Jesucristo no estaría hoy pasando (a pesar de tantas cosas) por la Iglesia católica; ella sería tan sólo un magnitud resi-



**Un concilio de clérigos y de laicos clericalizados es ya un fracaso. Aun en el caso improbable de que sus decisiones fueran acertadas, se quedarán en el puro papel: la mayoría del pueblo de Dios no se sentirá comprometido con ellas**

dual. Tenemos que estar dispuestos a lograr que se superen los cauces, que se remuevan las aguas. Con toda la inseguridad y todo el dolor que ello puede engendrar. Será un dolor de vida, si ponemos la seguridad en Dios y en la fuerza de su Espíritu.

**UN PROCESO DE PARTICIPACIÓN CONSTITUYENTE**

El segundo requisito para que el concilio no se frustre tiene que ver con su modo de producción. El modo de producción determina el producto, porque es ya ese producto en ciernes. Y en primer lugar el modo de producción del concilio dice en la práctica quién es la Iglesia que se va a expresar en él. Si el concilio se prepara desde una lógica institucionalista, el concilio será prevaticano. Lo que significa que nacerá abortado, sin Espíritu. Porque en la práctica estará proclamando la equivalencia entre Iglesia e institución eclesiástica, en contra de la definición dogmática de la constitución conciliar sobre la Iglesia, pero mucho más en contra de todo el espíritu conciliar. Este peligro es casi inevitable porque en la práctica la Iglesia venezolana como conjunto no hemos asumido que la Iglesia es todo el pueblo de Dios. El que la gente siga considerando que la Iglesia son los curas y las monjas no se debe en la mayoría de los casos a la pura inercia de la gente sino a que esa concepción inveterada es convalidada diariamente en la práctica pastoral. Por eso insistíamos en que, si no nos sentimos desbordados y necesitados de ayuda para ir más allá de la práctica institucional vigente, el concilio será intrascendente y habría sido mejor no convocarlo.

Por eso el modo de producción del concilio deberá ser participativo en todas sus fases. Es radicalmente insuficiente el que se convoque a una encuesta preliminar lo más amplia posible. Si la encuesta no se procesa democráticamente, es decir si no se tienen realmente en cuenta los elementos que aporte, y no se vuelve a relanzar el movimiento con los cau-

ces que haya creado esta misma opinión (ponderada y discernida) para que se ahonden los tópicos y se vaya perfilando cada vez con mayor nitidez por dónde sopla el Espíritu en este pueblo de Dios, no saldremos de los cauces acostumbrados.

Esto significaría en concreto que nos negamos a superar el sistema clientelar del que formamos parte. Este sistema no sólo tiene sumido al país en la postración en que yace sino que impide su reestructuración en orden a encontrar salidas. El sistema clientelar significa que la representatividad de los que se tienen a sí mismos como representantes se legitima por hipótesis, es decir que se niegan a someterse a ninguna validación. Esto equivale en el fondo a una completa irresponsabilidad, en el sentido de que no responden ante los asociados ni arbitran cauces para hacer efectiva la representación mediante el diálogo con los representados.

En la Iglesia esta obligación es verdaderamente sagrada porque en ella los ministerios se dan y se ejercen en el seno del pueblo de Dios y de ningún modo fuera de él, señoreándolo (Mc 10,42-44; Lc 22,24-27; 1Pe 5,3). Ya que el sentir discernido y consensuado de los fieles (el "sensus fidelium") es criterio de que lo que se decide va conforme al Espíritu de Jesucristo y no es meramente expresión de una institución (así sea la eclesiástica), de una corporación o estamento, de una escuela teológico-pastoral, del orden establecido o de algunas voluntades dominantes.

Sería grave que nos dejáramos llevar del miedo a la participación. Significaría no saber discernir los signos de los tiempos. Hoy la cultura dominante está marcada por la insolidaridad y el retiro a la vida privada. En esta situación lo que pide el Espíritu es que suscitemos la implicación, que estimulemos el compromiso, que favorezcamos sinceramente que el mayor número posible de bautizados tomen la Iglesia como suya (ya que así es) y se sientan motivados no sólo a dar aportes ocasionales sino a una participación estructural. Por eso sería apa-



gar el Espíritu poner cauces tan estrechos y clericalizados que la gente se desanime. Un concilio de clérigos y de laicos clericalizados es ya un fracaso. Aun en el caso improbable de que sus decisiones fueran acertadas, se quedarán en el puro papel: la mayoría del pueblo de Dios no se sentirá comprometido con ellas. Ya que, como dice un adagio practicado por la Iglesia antigua, "lo que a todos concierne, debe ser aprobado por todos".

## **DESDE LOS POBRES, ABIERTOS A TODO**

La primera apertura del concilio tiene que ser a lo que constituye la mayoría cuantitativa y cualitativa del pueblo de Dios: a los pobres. No parecería necesario tener que justificar esta afirmación. Pero de todos modos digamos que la primera eclesialidad que constituye a la Iglesia (el llevarnos mutuamente en la fe) se convalida como cristiana cuando llevamos a los pobres y somos llevados por la fe de ellos. En este sentido preciso la Iglesia, si quiere ser la de Jesús, tiene que ser Iglesia de los pobres. Lo que significa que los pobres tienen que ser los sujetos privilegiados de la Iglesia.

Sin embargo tenemos que reconocer que hasta hoy los pobres no han pasado de ser simples destinatarios de la acción sacramentalizadora, asistencialista y promotora de la institución eclesiástica. En palabras de los informes de la CEV para los sínodos de 1977 y 1984, "nuestro pueblo no rechaza la Iglesia, la quiere, pero no 'se siente' Iglesia". Claramente se echa de ver en este texto (significativo por la valentía y humildad que entraña este reconocimiento) que Iglesia se identifica con institución eclesiástica, magnitud obviamente externa al pueblo ya que nadie que actualmente pertenezca al pueblo es miembro de ella. Así pues, no es que el pueblo por su ignorancia no sepa que él es el corazón del pueblo de Dios que es la Iglesia. Es que en la práctica la institución eclesiástica no lo reconoce como tal porque, como revela ese texto, asume que ella es la Iglesia. Pue-

bla reconoció en principio a la religión del pueblo. Pasar de una declaración a un reconocimiento efectivo entraña reconocer su sistema organizativo y sus personeros y tomarlos en cuenta a la hora de decidir algo que los incumba. Esto no se hace en la Iglesia venezolana. Y el concilio plenario es una ocasión verdaderamente histórica para dar ese salto.

Pero llamar a los pobres a participar en el concilio es ponerse a su altura, entrar en su cultura y ante todo en sus ritmos y en su lenguaje. Si la preparación del concilio transcurre en un lenguaje clerical, canónico y de escuela teológica,

---

**Llamar a los pobres a  
participar en el concilio es  
ponerse a su altura,  
entrar en su cultura y  
ante todo en sus ritmos  
y en su lenguaje**

---

ellos quedarán automáticamente excluidos. Pero si quedan excluidos ¿qué sentido tiene hablar en su nombre ("voz de los sin voz") y supuestamente a favor de ellos? Será simplemente un sarcasmo. El mismo al que nos tienen acostumbrados los políticos, los gobernantes y los sindicaleros. Esa es la miseria del populismo: se niega la dignidad de los pobres al no darles participación como sujetos y luego se alega que todo se hace para su bien. Dios no quiere que eso siga pasando en nuestra Iglesia. Y el concilio tiene que asumir esta rectificación histórica, dándoles participación.

Desde esta perspectiva de los pobres, urge también llamar expresamente a participar a todos los cristianos que desde su vivencia cristiana si sienten afectados por la postración del país y responsables de enderezar el rumbo. Voy a mencionar sólo a dos conjuntos: el de las personas así que pertenecen al mundo de la ciencia-técnica y al de la comunicación. Es obvio que en estas dimensiones la institución eclesiástica está tan desbordada que casi ha perdido la esperanza de dia-

logar con ellos y se contenta por lo común con mantener un código doctrinario respecto de la primera y ocupar espacios (sin poseer la teoría y la lógica) en la segunda. Llamar a participar es reconocer la incompetencia propia y el sentido cristiano de ellos y abrirse a sus opiniones. No para seguirlos sin más sino para dialogar de un modo realmente abierto.

Para eso nos tenemos que convencer de que el ideal del diálogo no es siempre llegar a acuerdos y menos aún salirnos con la nuestra venciendo sobre los demás. El diálogo es fecundo si nos hacemos cargo de las posiciones de los otros, tomándolas en cuenta. Si esto hacemos, no salimos igual del diálogo: los otros nos habrán enriquecido, aunque no asintamos sin más a sus pareceres. En lo esencial los cristianos, si lo queremos ser fielmente, no podemos menos que estar de acuerdo. Pero en muchas otras cuestiones, no. La uniformidad es una desviación tan grave del catolicismo como la mera dispersión. Porque la uniformidad borra la alteridad y así impide la comunión, que presupone el reconocimiento de los otros como diferentes. Sin este espíritu la preparación del concilio no será sinceramente participativa. El asunto es ir logrando consensos cuando la realidad dé de sí para tanto y lograr que aceptemos las diferencias como internas.

Resumimos este artículo afirmando que el proyectado concilio plenario venezolano sólo merecerá la pena si se propone metas que hoy son imposibles. Eso significa que entendemos su preparación como un proceso constituyente: sembrar actitudes y capacidades que vayan haciendo posible ir más allá de donde estamos. Instaurar ese proceso significa ampliar el sujeto actual, y esto no lo haremos, si no sentimos su necesidad. Si asumimos estas actitudes experimentaremos lo de Pablo: "cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2Cor 12,10).

Atrévámonos.

v

**Pedro Trigo** es miembro del Centro Gumilla.